

Conmemoraciones y aniversarios. En el quinientos aniversario del nacimiento de Miguel Servet (1511-2011)

Antonio Campos

Catedrático de la Facultad de Medicina de Granada y Editor de Actualidad Médica

Resumen

El día 27 de octubre de 1553 murió en la hoguera el médico y reformador religioso Miguel Servet. Su pensamiento teológico, enraizado en el renacimiento, consistía en restituir el cristianismo primitivo frente a la reforma protestante institucionalizada y la contrarreforma católica. Su pensamiento médico en idéntico sentido pretendía volver a la medicina galénica primitiva a través de la experiencia lo que le permitió descubrir la circulación pulmonar de la sangre. Su independencia intelectual en la búsqueda de la verdad y el valor y la voluntad de proclamarla y defenderla, tan escasos en la sociedad de nuestro tiempo, le costó la persecución por los católicos y los protestantes y la muerte en la hoguera.

Abstract

On October 27th 1553, the physician and religious reformer Miguel Servet was burnt at stake. His theological thinking, rooted in the Renaissance, was to restore primitive Christianity as opposed to the proposal of the Protestant and Catholic branches of Christianity of the time. His medical thinking in the same sense intended to return to the primitive Galenic medicine through experience. Because of this he discovered the pulmonary circulation of the blood. His intellectual independence in the pursuit of truth and courage and the will to defend it, so scarce in the society of our time, cost him persecution by Catholics and Protestants and death at the stake.

Aunque el año del nacimiento de Miguel Servet ha sido objeto de debate y discusión durante mucho tiempo, los historiadores parecen estar hoy de acuerdo que fue en el año de gracia de 1511, en la localidad de Villanueva de Sigüenza, cuando vino al mundo el teólogo y médico aragonés que habría de descubrir para la ciencia y para la medicina la circulación sanguínea pulmonar, también conocida como circulación menor de la sangre.

La vida de Miguel Servet transcurre en la primera mitad del siglo XVI, un periodo de la historia en el que la esencia del cristianismo se plantea en toda su crudeza. La reforma protestante institucional y la contrarreforma católica, ambas en connivencia con el poder político, se erigen en las dos formas principales de entender el cristianismo. A ellas se une una tercera reforma, la reforma radical que, anclada en el espíritu renacentista, consiste en restituir el cristianismo a su pureza originaria superando el paréntesis medieval.

Tras formarse en España en las lenguas clásicas –latín, griego y hebreo- y en otras

materias –geografía, matemáticas e historia- Miguel Servet parte con solo diecisiete años hacia la Universidad de Tolouse donde por primera vez toma contacto con las nuevas ideas reformistas que circulan por Europa. Al servicio del erasmista Fray Juan de Quintana, confesor de Carlos V, viaja por Europa y asiste en Bolonia a la coronación del emperador por el Papa y en Ausburgo a la Dieta en la que los príncipes alemanes logran el reconocimiento oficial del protestantismo, hecho este que ejerce sobre él una gran influencia. En 1531 tras abandonar la fe tradicional, y con apenas veinte años, publica su primer libro *De Trinitatis erroribus* que cuestiona el misterio de la Trinidad y representa la primera manifestación de su adscripción a la reforma radical, esto es al retorno a un cristianismo originario, anterior a Nicea y al constantinismo, que íntimamente enraizado en el espíritu renacentista, va a constituir su ideal de vida.

Tras unas breves estancias en Aviñón y Orleans Miguel Servet trabaja durante algunos años en Lyon como editor y corrector de obras clásicas en el famoso taller de impresión de los hermanos Trechsel. Durante

su estancia en esa ciudad entra en contacto con dos médicos importantes Sinforiano Champier y Francisco Rabelais, conocido este último por ser el autor de la famosa obra *Pantagruel* y *Gargantua*. La influencia de ambos, pero especialmente del primero, le lleva a París a estudiar Medicina. Bajo la dirección de los maestros Johan Günter von Andernach y Jacobo Silvio, Miguel Servet y su compañero de disección Andres Vesalio, uno de los anatomistas más importante de la historia de la medicina, estudian y disecan la totalidad del cuerpo y muy especialmente la totalidad de los músculos, venas, arterias y nervios. De París, ciudad de la que tiene que salir tras ser procesado por enseñar Astrología adivinatoria, se traslada a Viena, capital del Delfinado, ciudad en la que va a permanecer catorce años como médico personal del arzobispo Paulmier que generosamente lo acoge en su palacio. Durante esos años escribe su obra más significativa *Christianismi Restitutio* en la que propugna que el mundo podría convertirse a un cristianismo primitivo reformando la doctrina de la Iglesia y en el que describe la circulación pulmonar de la sangre al intentar justificar como esta recibe a través del aire que llega a los pulmones el espíritu viviente como remedo del Espíritu Divino y explica el papel que juega la respiración en la transformación de la sangre venosa en sangre arterial. Es importante señalar que la sangre ocupaba un lugar fundamental en su doctrina teológica. Si en teología busca restituir el cristianismo primitivo en medicina busca restituir, a través de la disección, al Galeno primitivo, la gran figura de la medicina clásica, para librarlo de la corrupción en la que lo habían situado los medievales y muy especialmente los médicos árabes. Denunciado a la inquisición católica, tras su huida a Ginebra, que lo quema en efigie, es arrestado de nuevo en dicha ciudad, esta vez por los protestantes, que finalmente lo queman públicamente en la hoguera el 27 de Octubre de 1553.

¿Qué hay de vigente en Miguel Servet quinientos años después de su nacimiento? Por un lado y como ya he reseñado más arriba su importante aportación a la medicina al demostrar por primera vez la circulación pulmonar o circulación menor de la sangre rompiendo una tradición, originada en Galeno, que duraba ya más de mil años. La importancia de Servet en la historia de la medicina ha sido destacada entre otros por el gran William Osler la figura médica más influyente de los dos últimos siglos que, con

motivo del cuatrocientos aniversario del nacimiento de Servet, publicó un estudio biográfico al respecto en la Oxford University Press.

Pero Miguel Servet encarna a mi juicio, en su actitud personal y en su comportamiento público, otros dos grandes valores cuyo rescate quizá fuese necesario impulsar en la sumisa y cobarde sociedad de nuestros días: la independencia intelectual para acercarse a la verdad, sea esta de la naturaleza que sea y el valor y la voluntad para proclamarla y defenderla al margen del riesgo que se corra. En la última página de su primer libro proclama, con toda claridad, su actitud independiente ante la existencia de distintas posturas "*Ni con estos ni con aquellos, con todos consiento y disiento*". En otro lugar afirma que tanto el católico como el reformador "*detentan algo de verdad y algo de error en sus opiniones y mientras que cada uno de ellos ve los fallos del otro, ninguno ve los suyos propios*". No es de extrañar que en la convulsa sociedad de su tiempo, intransigente y violenta, la insobornable independencia de Servet le llevara a ser condenado en la hoguera por los católicos más ortodoxos y por los protestantes más furibundos.

La proclamación y defensa de sus ideas las llevo Servet hasta sus últimas consecuencias. En Lyon primero, en París después y finalmente en Viena del Delfinado Servet manifestó siempre su pensamiento con autenticidad, coherencia y orgullo, ante interlocutores muy diversos. A través de un panfleto defiende públicamente a Champier, su mentor en Lyon, frente Leonardo Fuchs, profesor de Tubinga, tras las críticas que este vierte sobre el primero. En París Servet explica astrología y publica una obra al respecto contra la opinión del claustro y la prohibición expresa del Decano de la Facultad. Desde Viena escribe cartas a Calvino en la que, confiando en lo que él cree la verdad, le transcribe párrafos enteros de su obra al intransigente reformista ginebrino, responsable último de su fatal destino. En el momento de su muerte en la hoguera, fiel a su interpretación teológica, grita ¡Jesús, Hijo de Dios eterno, ten compasión de mí! Si hubiese gritado ¡Jesús, Hijo eterno de Dios! esto es, si hubiese simplemente cambiado el orden de la palabra "eterno" con todo lo que ello teológicamente implicaba, aún ,en el último momento, se habría salvado de una muerte tan horrible.

En la primera mitad del siglo XVI, en el tiempo

de Martín Lutero, Erasmo de Rotterdam, Maquiavelo, Tomas Moro o Miguel Servet, tener independencia intelectual para buscar una verdad y valor y coherencia para proclamarla y defenderla no era tarea fácil ni exenta de peligro. Paradójicamente, en la sociedad de nuestros días, mucho menos intransigente y violenta que la del siglo XVI, cuantas verdades inconsistentes solemos aceptar sin la menor crítica y cuantos silencios cómplices suelen enmascarar nuestras faltas de coherencia y cobardía.